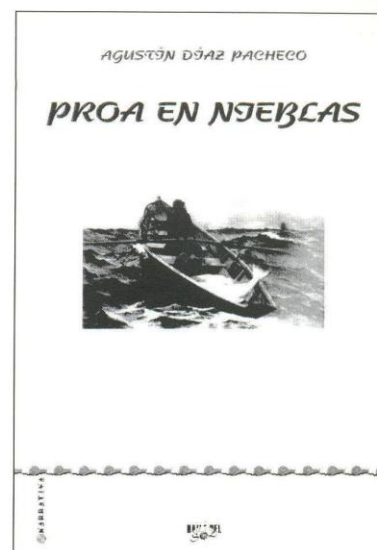


SERAFIN DOPAZO

LA REBELIÓN CREATIVA DE AGUSTÍN DÍAZ PACHECO (Acerca de *Proa en Nieblas*)



Hay quienes viven su arte con beligerancia, indómitos y obstinados en su tendencia, y se consagran a él y al exclusivo ideal de pureza que en su exclusiva actividad creen encontrar. En el desierto de su soledad y escasez, purgados los sentidos por el silencio, reconocen ecos y sonoridades que a los demás el ruido nos impide hallar.

Escudo sagrado o protección estética, viven apartados, y en su retiro interior el feroz combate con el ángel en busca de una belleza salvaje que no se deja domeñar con facilidad. Extrañados, pero también rodeados de mundo, en difícil acomodo, pero sin eludir la sobrecarga, cuando oportunidades no faltan para sustraerse y vivir cómoda y precavidamente. "Cantemos como quien respira -decía Celaya en relación con este doble compromiso- Hablemos de lo que nos ocupa...". Es en su tiempo quieto y abierto donde el creador aguarda, en medio del caos, una reacción inesperada pero justa que le dé registro de su propia voz -de entre todas aquéllas que sólo se le parecen-, para expresarse con una elocuencia a la vez heredada e inmanente, y mirar recuperando lo que le es propio frente a lo que le ha sido impuesto, proceso al que Octavio Paz llamó "desaprendizaje".

Esta depuración es, efectivamente, una forma de rebelión, el inicio en la construcción de un diálogo con lo subjetivo e irracional, con los mitos particulares y comunes que en el presente subyacen y que son la experiencia acumulada, la herencia de un pasado al que continuamente habremos de regresar para explicarnos y entender quiénes somos. Puede que sólo sin sentir un absoluto desprecio por el arte, sin pretender retorcerle el cuello a la literatura, no sea verdaderamente posible hacer ni una cosa ni la otra.

El contenido de esta rebelión en el Arte -que para Camus se da al margen de la Historia y en estado puro- es exigencia de unidad y rechazo del mundo, y cuando un escritor, un artista, no se detiene exclusivamente en lo que detesta o rechaza, sino que va más allá, planteando opciones que están en el programa de lo utópico, entonces es visto por los demás como un provocador obscuro, como alguien que, aunando peligrosamente arte y vida, reclama para el arte, y resuelve en sí mismo, una capacidad de transformación tan viva y efectiva que supera lo estrictamente sensible o experiencial para crecer y complicarse con el mundo, en una contingencia histórica donde a lo estético se suma lo moral.

Ese es también el modo de ver y la actitud que mantiene Agustín Díaz Pacheco ante la vida y con la literatura: la de un riguroso escrutinio de la realidad, la de un acercamiento crítico a su complejidad. Él sabe que a pesar de lo oscuras que a veces puedan resultar las palabras, con ellas está obligado, como escritor, a forjar una mítica particular, revitalizando un pasado sobre la base de las propias experiencias, creando una obra en la que, por una rara suerte de dialogismo, nos reconocemos todos, hecha en soledad, pero, como decía Vicente Aleixandre, "en soledad generosa, cuando el poeta siente que es la expresión de todos los hombres, y en donde, por doliente que sea lo expresado, en la expresión se encuentra el placer estético en algún modo incompatible con el dolor".

Esa es su pequeña verdad, la más íntima, la que no puede presentarse con efectos ni veladuras, sino descarnada y sola, en su única posibilidad de existir y perdurar.